

— ¿No deseáis servir al señor? Pues mejor servicio que ese...

— ¡Basta de palabras inútiles! — dijo el marqués con autoridad. — Uno de éstos puede reemplazarme.

Y señalaba con el dedo los cuerpos tendidos en el suelo.

— ¡Guardaos bien de contar con éstos, alteza! Pensad que están contados, y que es preciso que, muertos ó vivos, no falte ninguno.

Tenía razón el hombre. Un silencio angustioso siguió á sus palabras.

De pronto los tres hombres aguzaron el oído. Detrás del muro, en el camino de ronda que precedía al patio de los proveedores, oíase rumor de pasos.

— ¡Alerta! — dijo en voz baja Sed de Amor. — Ya decía yo que nos deteníamos demasiado.

El marqués de Villanueva empuñó su daga dentada.

— Quien quiera que sea el que se acerca, Dios nos le envía, dijo.

Luego los tres se repartieron á ambos lados de la puerta abierta y esperaron.

Los que llegaban — porque eran más de uno — continuaban avanzando sin precipitación, pero al mismo tiempo sin temor y descuidados hacia la muerte.

IV

EN LA PIEL DEL PERRO

Despojábase coquetamente la luna de sus cendales hacia el ángulo sudeste de la torre. Su luz blanquecina dejaba aún en la sombra el terreno teatro de la reciente batalla, iluminando en cambio de lleno la abertura vigilada por los tres hombres y por el perro.

La primera cabeza que apareció en el marco iluminado fué la de un animal de largas orejas, cuya presencia acogió Diógenes con grandes aunque mudas muestras de contentamiento. Luego resonó una voz gruesa, la voz de un hombre que decía:

— Pues señor, entrar en el Luvre es por lo que veo cosa tan fácil y hacedera como penetrar en un molino de mi pueblo... ¡Ventre de pulga! Haber andado tanto para llegar á un patio de la corte que más parece el de una cárcel...

Entraba en esto á su vez el hombre de la voz gruesa, y el marqués con el brazo levantado disponíase á des-

cargar en su cabeza el terrible puñal de hoja dentada cuando Sed de Amor, que acababa de reconocer á su escudero en el recién llegado, le contuvo diciendo :

— Perdonadme, señor, pero ese hombre es casi mi hermano.

— ¡Providencial encuentro si los hay! — exclamó Matraca estupefacto. — ¡El señor caballero en el Louvre! Y yo que le creía muerto ó prisionero...

— ¿De dónde has sacado eso, imbécil? — preguntó Bernardo.

— ¿Qué sé yo! Una idea... pero en fin, mucho me alegro de encontrar al señor caballero en buena salud y de humor excelente y bien recibido en la corte.

Matraca, el gran Matraca, luego de errar á la ventura por París durante todo el día, creyó ver pasar no lejos de él, ya anochecido, en el bosque de Vincennes, á su amo cabalgando en Djaulia y precedido de Diógenes; y siguiendo el mismo camino que los aparecidos llegó á tropezar con las defensas del castillo. En su concepto, aquello era un palacio, sin duda el que buscaba. ¡Por fin! Gracias á Dios iba á sérle posible cobrar las cincuenta pistolas... Pero no vió á nadie, y luego de perder un tiempo precioso buscando la manera de penetrar en el recinto amurallado, la inteligencia de su mulo, ó el olfato del pobre animal, hábiale hecho descubrir la puertecilla abierta poco antes por Bernardo.

— ¿Bien recibido en corte? — repitió éste. — ¿Dónde crees encontrarte?

— ¡Vaya una pregunta! En el Louvre.

— Pues no, desgraciado : estás en Vincennes.

— ¡Será posible!

— Como lo oyes. Buscabas un palacio y ya lo ves, has entrado en una cárcel.

— Pues sabed, señor caballero, que para cárcel me parece esta muy poco vigilada. Aquí se entra por lo visto como se quiere.

Nataniel no tomaba parte en la conversación. Dominado por el mercantilismo propio de su raza hacía *in mente* un inventario de lo que podrían valer los trapos cargados sobre el mulo, el cual mulo, substrayéndose con trabajo á las efusivas manifestaciones de Diógenes buscaba en vano algo que masticar en aquel patio manchado con la sangre de muertos y de heridos en la reciente refriega.

El marqués se adelantó unos pasos y puso la mano sobre el hombro del escudero.

— ¡Oh! — dijo este santiguándose y procurando escabullirse. — ¡Un atormentado! ¡Jesús Señor... *vade retro!*

En realidad el buen marqués no estaba que digamos muy presentable con el pecho y los cabellos manchados de sangre.

— Amigo mío, — dijo con voz grave y triste sujetando siempre á Matraca. — Gracias doy al Señor por haberte hecho llegar hasta aquí en vez de otro cualquiera. Te diré porqué. A ese otro cualquiera hábríale yo matado, bien contra mi deseo, pero por necesidad; tú respiras aún y no debes temer nada puesto que la protección de este heroico joven te cubre... De modo que me he evitado un crimen.

— ¡Pues sí que he escapado de una buena! — suspiró Matraca que aun no las tenía todas consigo.

— Ciertó. Y por una vez ha mentido mi divisa. A *todo*, dice... Sí; posible es hallarse pronto á hacer todo lo que es noble, y bueno, y digno y generoso; pero lo que es contrario al honor, *malo mori*.

— ¿Qué decis, señor? — intervino Sed de Amor inquieto. — ¿Es posible que penséis en morir?

— Hijo mío, — repuso el anciano — un Villanueva no debe ni puede convertirse en un homicida ni aun al precio de su existencia... Fuerza es que piense en la muerte puesto que mis horas están contadas. Para engañar á Catalina, para hacerle creer en mi muerte, era preciso lo que ya no es posible: disponer de otro cadáver...

La voz de Nataniel el leproso repitió lejos, como un eco:

— ¡Otro cadáver!

El hampón se acercó apresuradamente al grupo diciendo con voz angustiada:

— ¡Ah, señores míos, altezas serenísimas! Allí, encima del burro, ó del mulo, lo que sea, acabo de tocar una cosa inerte, ¡otro cadáver!

Bernardo y el señor de Villanueva se miraron con ansiedad. Era tan oportuno aquel descubrimiento que apenas se atrevían á creer en él.

— ¡Calla, pues es verdad! — exclamó Matraca. — Aun no os he contado todo lo que me ha ocurrido... Y como supongo que ni vos, señor caballero, ni ese señor estropeado, la alteza, como dice el otro, habéis de venderme...

— ¿Acabarás de una vez, maldito charlatán? — gritó el gran marqués. — Di, pronto, ¿es cierto que llevas un cadáver en ese mulo?

— Ciertísimo; — dijo Matraca asustado.

— ¿Dónde lo tomaste?

— En ninguna parte. Me hicieron cargar con él por fuerza.

— ¿Pero cuándo?

— Esta mañana.

— ¿De modo — preguntó Bernardo — que llevas catorce horas paseándote en su compañía?

— Poco agradable por cierto, señor caballero, pero así es en efecto. Figuraos — continuó Matraca — que el mismísimo diablo, un herejote á quien llaman según creo Salem-Kebir...

— El protector de la hermosa Fiamma, — pensó Sed de Amor, recordando de pronto la escena de la casa de las miñonas.

— ... Hubo de encargarme — siguió diciendo Matraca — que llevase al Luvre ese fúnebre paquete. Caso de llegar á tiempo debía recibir cincuenta pistolas, y cincuenta palos en caso contrario. Ya comprenderéis que me alegro no poco de haberme perdido.

— ¿Estás dispuesto á cederme ese cuerpo á cambio de las cincuenta pistolas prometidas? — preguntó el anciano.

— ¡Y por mucho menos, vientre de pulga! ¡Como que no veo la hora de deshacerme de él...

Los cuatro hombres rodearon el mulo, apartando los

disfraces que pertenecieron en un tiempo al barón Cortomontel.

Atravesado en la silla adivinaron, más aún que vieron, una forma humana; era el cuerpo de un gentilhombre muy joven aún, á juzgar por la riqueza de sus vestidos y la esbeltez de sus miembros.

Nataniel habló al marqués en voz baja.

— Amigo — dijo este último dirigiéndose á Matraca — ¿quieres que duplique la prometida recompensa?

— Eso, señor, no se pregunta.

— Lo cual quiere decir que aceptas. Bueno, pues á partir de este momento tendrás por compañero á ese hombre, que sabe lo que hay que hacer y conoce el camino que debe seguirse.

Señalaba á Nataniel al decir esto; luego añadió:

— No te asombres de nada; por macabra y extraña que te parezca la tarea que te encargue, hazla sin protestar; obedécele ciegamente, y mañana mismo podrás acudir en busca de las cien pistolas al Hotel de Villanueva Marsán en el arrabal San Germán.

Dirigiendo su mirada severa al dignatario de la Corte de los Milagros, continuó diciendo:

— Cuanto á ti, si me haces traición sabré alcanzarte donde quiera que te encuentres.

El supuesto centenario se dejó caer de rodillas.

— ¡Oh, serenísimo señor!...

— ¡Basta! Haz lo convenido, y vigila á esos que han escapado con vida. De su silencio me respondes tú... Procura ver á la Italiana, á la hora de la audiencia y toma á tu cargo la tarea que aun no ha ejecutado el

jefe de los asesinos. ¡ Es preciso que se me crea muerto, entiéndelo bien!

Dicho esto dirigiase con seguro paso hacia el portillo, cuando Sed de Amor le detuvo para preguntarle:

— ¿Me permitís, señor, que os ofrezca mi capa para cubriros?

Pasando sus manos por el torso cubierto de sangre seca, exclamó el marqués:

— La verdad es que estoy como para dar un susto al miedo.

Luego, acercándose al mulo, tomó sin escoger una casaquilla incolora y usada por demás que endosó sin repugnancia, y así disfrazado salió del patio de los proveedores preguntándose: ¿Quién seré yo en lo sucesivo?

Precisamente en aquel momento Nataniel ocupábase en acomodar el cadáver del desdichado Juan du Gaz en la piel del perrazo envenenado; desaparecía pues el marqués, quien voluntariamente segregábase del número de los vivos. Y como en lo sucesivo, y sabe Dios por cuanto tiempo, no podría ser quien siempre fuera, de ahí que se preguntase, no sin cierta emoción, quién sería él desde aquel momento en adelante.

Brillaba entonces la luna limpia de cendales. Ni un rumor leve turbaba el silencio augusto de la clara noche.

Luego de recorrer los tres recintos y de franquear el foso, el prisionero se detuvo.

— ¡ Libertad! — murmuró con voz trémula por efecto de la emoción. — ¡ Por fin te encuentro, cuando ya

desesperaba! ¿Cómo, cómo he podido vivir tantos años encerrado entre cuatro paredes, privado de luz, de aire, de movimientos?

— Señor marqués, — aconsejó Bernardo — vamos un poco más lejos, donde estaremos mejor; aquí puede traicionarnos la luna.

Diógenes, prudente según su costumbre, siguió sin detenerse su marcha hacia un macizo de verdura tras el cual se hallaba oculta Djaulia, renovando ante la yegua sus expresivas demostraciones de afecto y compañerismo.

Mientras tanto el prisionero evadido respiraba ruidosamente, á plenos pulmones.

— Tú no puedes figurarte — decía á Bernardo — la impresión que produce la libertad, porque gozaste siempre de ella... Déjame que respire un poco. Por desgracia ya no soy un joven como tú; la inacción forzada ha enmohecido mis miembros, y sin embargo, acabo de exigir de ellos un esfuerzo terrible...

— Y además, estáis herido.

— ¡Bah! Los arañazos que me han hecho esos cobardes son superficiales. Se colocaban á tan respetable distancia de mi puñal que apenas si han conseguido pintarrapear un poco mi piel, que por lo que veo es aun dura y resistente. Más que herido lo que estoy es cansado. Pero... escucha: ¿no has oído?

Un alegre relincho turbaba en aquel momento el silencio de la noche.

— Es mi caballo, señor marqués. El pobre animal sabe que estamos cerca de él y nos saluda á su modo.

— Un caballo blanco, ¿verdad?

— Con una estrella en la frente.

— Ese detalle no he podido verlo desde mi tronera de la torre; — dijo el marqués sonriendo. — ¡Estabais demasiado lejos! Pero viéndoos llegar hube de decirme: «Será ese caballero el enviado de mi hermano Jacobo, ó tan sólo un enamorado que corre á donde le espera la dicha? En realidad, tú tienes derecho al amor de una mujer hermosa. Dime, ¿es tu amada tan bella como mi Solange?»

Bernardo no se atrevió á responder. Su rostro habíase coloreado ligeramente.

— Muy diplomáticos me parecen los jóvenes del día — exclamó el marqués. — Yo, en lugar tuyo, habríame apresurado á contestar: «La mujer que yo amo es la más hermosa de todas.» Pero yo soy del tiempo viejo... Hablemos ahora en serio; en caso de que yo acepte tu caballo ¿podrás llegar a pie hasta el sitio al cual te dirigías?

— Sin duda alguna, señor, puesto que es á ese castillo á donde mi dirigía.

— ¡Venias directamente al castillo! — exclamó el marqués confuso: — En ese caso tú eres el hombre á quien yo esperaba.

Bernardo, sorprendido, balbuceó:

— ¿Vos me esperabais?

Puso el marqués sus dos manos en los robustos hombros del mancebo y le miró con tal insistencia que Bernardo volvió la cabeza.

— Dime, ¿tú venías á traerme tu espada?

— Venía á ofreceros cuanto me pertenece : espada, brazo y corazón,

— Eso es, eso mismo... La duda no es posible. Quien te enviaba es mi hermano Jacobo, quien debe reconocer en ti el vivo retrato de su adorada Blanca... Oye : ¿conoces esta palabra : *Cur Non*? ¿Y esta divisa : *Arma, Amor, Morte*?

Bernardo, sorprendido primero y extrañado después de la singular coincidencia que se producía, dijo al marqués :

— Creed que siento mucho desilusionaros, pero ya sois el segundo que en el espacio de pocas horas cree ver en mí un personaje distinto del que soy en realidad... Conozco, sí, esa palabra y la divisa de que habláis, pero...

— ¿Qué? ¿Vas á decirme que es la casualidad la que te las ha hecho conocer?

— Así es en efecto.

— Puede; pero ¿venías también á Vincennes solo por casualidad?

— ¡Ah! eso no, señor.

— Luego ya ves que tengo razón al decir que te esperaba. En el billete se decía bien claro : « Llegado el momento tendrás contigo un hombre abnegado : espada, brazo y corazón. »

— ¡El billete! — repitió Bernardo abriendo demesuradamente los ojos, en los que se leía la más viva sorpresa. — ¿Qué billete es ese?

El señor de Villanueva comenzaba á impacientarse. Retrocediendo un paso golpeó el suelo con el pie.

— ¿De modo — dijo — que tú ignorabas mis proyectos de evasión? Entonces ¿cómo es que se te ha ocurrido la idea de venir á secundarlos?

La pregunta era justa. Contestando á ella, Sed de Amor explicó á su interlocutor en virtud de qué concurso de imprevistas circunstancias había podido sorprender él, recién llegado á París y desconocedor de la capital, el conciliábulo de dos asesinos que creían hablar solos y con toda seguridad en la casa de las Miñonas; narró su irrupción en aquella casa, la fuga de los miserables y la resolución rápida que formara entonces de hacer cuanto le fuera posible para impedir que aquellos mercenarios llevaran á la ejecución sus infames proyectos.

Como es natural, nada dijo Bernardo de su teatral aparición en la sala ocupada por los miñones y miñonas, ni de las escenas que en ella se desarrollaron luego.

Y calló lo referente á estos episodios porque, de referirlos, el marqués habríase con seguridad extrañado de la intromisión del joven en sus propios asuntos y no habría dejado de preguntarle en virtud de qué razones se erigía en defensor de los suyos.

Atentamente oyó el marqués el relato que le hacía su salvador, y no le fué difícil reconocer, por el retrato que de ellos le hiciera Bernardo, al ordenador de la emboscada y á su cómplice. El primero no podía ser otro que Gaspar Mouvette, el mismo que se presentara en su encierro para ofrecerle en nombre de Catalina de Médicis la libertad, al precio de su honor. El segundo

era Pielnegra, el cobarde esgrimidor del látigo hecho con una cadena de clavos.

Pero una cosa le preocupaba en gran manera. Si Bernardo decía verdad, si nadie había enviado á Vincennes, ¿qué significaba aquel billete encontrado por Glorieta en el escondite del tesoro: aquel billete en el que se prometía, llegado el momento decisivo, el auxilio de una espada manejada por un puño robusto?

En la imposibilidad de acertar por el momento el significado de aquella charada, el marqués se limitó á decir en tono de singular gravedad:

— Gracias al Señor, y gracias también á ti, hijo mío, la traición se ha frustrado; porque yo creo que si la italiana hizo dejar en mi prisión el puñal dentado, fué con la secreta esperanza de vérmelo utilizar en provecho de su trama. Avergonzado me ves ¡por la cruz de Cristo! de haber tardado tanto en mostrarte mi gratitud, la inmensa gratitud que te debo... pero ¡qué quieres! estaba en la absoluta convicción de que me eras enviado...

— Yo me he jurado á mí mismo consagraros mi existencia — balbució Bernardo.

— ¡A mí! Tal juramento encierra sin duda un secreto... ¡No, no he de preguntártelo! No conviene exigir más de lo que puede darse. Tu vida, como la mía, debe ser del rey; la mía tiene además otra razón de ser: la protección de mi esposa y la salvación de mis hijas.

— ¿Decís vuestras hijas, señor?

— Sí, y no te figures que desvario. Digo mis hijas

porque esta misma mañana hice juramento de adoptar á una criatura tan admirable como desgraciada... Una pobre mudita...

— ¡Glorieta! — exclamó Sed de Amor.

— ¿La conoces, según eso?

— La vi, señor, una sola vez, la noche pasada y me pareció un ángel. Hubo entre ambos una promesa mutua: la de querernos como hermanos.

El gran marqués sonreía mirando al caballero.

— ¡Como hermanos! — murmuraba. — Este es sin duda el hombre en quien pensaba mi dulce compañera de cautiverio cuando sorprendí en sus ojos aquel extraño fulgor... ¡Ah, la juventud! Creer que se quieren como hermanos... Ingenuo error de dos corazones que aspiran á fundirse, á no ser más que uno...

Ya hacia un rato que el mulo portador del cuerpo muerto destinado á la escala de Montfaucon atravesaba el foso, y guiado por Matraca, á quien dirigía Nataniel, habíase puesto en camino, tomando á la derecha, en dirección á los campos cultivados limítrofes de Montreuil y Ménilmontant. Detrás de ellos Ripaudier, resucitado, sosteniendo á Fargas el idiota y á Cuello azul, ambos tuertos del ojo derecho, habían tomado el mismo camino. Perdíase á lo lejos el rumor de sus pasos y sólo percibíase ligero ruido en el bosquecillo donde se hallaba Djaulia.

Pronto comprendieron los dos interlocutores la causa que lo producía viendo aparecer á Diógenes tirando de la brida del caballo como pudiera hacerlo el más competente palafrenero.

— Amigo mío, — dijo el marqués al observar el cuadro — fuerza es convenir en que si eres paladín esforzado, hay además mucho de extraordinario, de original en todo lo que te rodea. Cosa merecedora de consignarse en las páginas de la historia es la de tu asalto de la fortaleza de Vincennes sin más ayuda que la de un perro. El abate Brantome escribiría de seguro páginas inmortales si hubiera podido ver á tu perro destrozando la alambrada de la verja; en cambio para hacer justicia á las hazañas de tu espada vengadora derribando cuanto toca, como la famosa lanza de Argail, precisárase la pluma de un Ariosto...

Hubo un momento de silencio.

A propósito de historias, — continuó el marqués — ¿te he preguntado tu nombre?

— Señor, — dijo el joven — no me atrevo á aseguráros que el que os voy á dar sea el mío, pero no me conozco otro; me llaman Bernardo de Arma.

Por la segunda vez en breve tiempo el anciano se estremeció violentamente.

Tal vez la causa de su emoción no residía en el nombre que acababa de ser pronunciado, y sí en dos ruidos extraños que acababan de hacerse oír, uno á la derecha y otro á la izquierda del sitio ocupado en aquel instante por ambos interlocutores.

El ruido de la derecha, que parecía aún lejano, llegaba de la dirección del camino de Paris, por el que un jinete avanzaba sin duda alguna al galope de su caballo.

En cambio el otro oíase muy cerca, hacia los jarales

que desarrollaban en completa libertad próximos á los muros del coto real.

Hubiérase dicho que aquel ruido producíanlo los pasos de una persona que hacía lo posible por ahogarlo al andar; era una marcha la suya que hubiera podido creerse la de un cazador furtivo ó la de un malandrín, á no ser por el monótono canto, triste como un quejido, con que la acompañaba el misterioso y nocturno paseante.

La voz era la de una mujer, y así lo hizo observar Sed de Amor.

— Sí, y de una mujer á quien yo he debido conocer en otro tiempo; — dijo el marqués. — No me es posible oír lo que dice; pero esa voz me es conocida, y me impresiona y hasta me hace daño, como me lo haría un dolor vivo...

Tomó en esto Bernardo la brida de Djaulia y dijo sujetando el estribo :

— Montad, señor. Yo no comprendo cómo no ha estallado ya la alarma en el castillo. Pensad en vuestra seguridad; pensad...

— Tienes razón, hijo mío. Antes de llegar á donde me propongo, — aseguró el marqués — he de atravesar el bosque, el Sena y casi todo Paris... Además me convendría descubrir un estufista — barbero, que consienta en hacer de mí otro hombre... ¿Sabes tú de alguno?

— Uno hay en la calla del Pie del Diablo...

— Bueno; — dijo el marqués montando sobre Djaulia; — por ahora tu caminarás al lado mío hasta que llegemos junto á la puerta de San Antonio. Allí

me aparearé y montarás tú; al pasar por la poterna no olvides de golpearme con tu espada, gritando al mismo tiempo: « ¡Paso al racimo de horca del gran Prevoste! He aquí un canijo que va á dar el gran salto en la Cruz del Trahoir »... Tú me comprendes, ¿verdad?

— Sí, señor, — dijo Bernardo con cierta vacilación — pero es el caso que ese jinete parece acercarse á la mujer que hemos oído cantar...

— ¿Y tú desearías socorrerla en caso de que el otro la ataque; — concluyó el marqués. — Bien está, y apruebo tu conducta. Sin embargo, procura reunirte conmigo lo antes posible á fin de que pasemos la puerta de San Antonio como antes te he dicho.

Un momento después el señor de Villanueva aventurábase en la espesura del bosque, seguido de *Diógenes*.

El excelente perro cambiaba de amo con increíble facilidad.

V

EN EL QUE BERNARDO ENTREVÉ NUEVAS AVENTURAS

Sed de Amor permaneció inmóvil en el sitio mismo en que le dejara el marqués, pronto á intervenir en el caso de que el aun invisible jinete tratara de oponerse á la huida del de Villanueva.

Acababa de recordar en efecto que este último iba sin armas. Quedábale el recurso, en caso de verse atacado, de hacer tomar á Djaulia el paso de carrera; pero ¿acaso las balas de mosquete no corren más que los más veloces corceles?

Bernardo se inquietaba sin motivo.

Las últimas lluvias de marzo habían empapado los caminos, y por esta razón los cascos de Djaulia no sonaban en la tierra blanda del bosque como en la más endurecida del camino por el que se acercaba el jinete misterioso, que se aproximaba cada vez más, sin sospehar siquiera no lejos de él la presencia de otro jinete.

Tranquilo pues por lo que respecta al padre de Solange